

Jaime Labastida: Itinerario del poeta

Beatriz Espejo

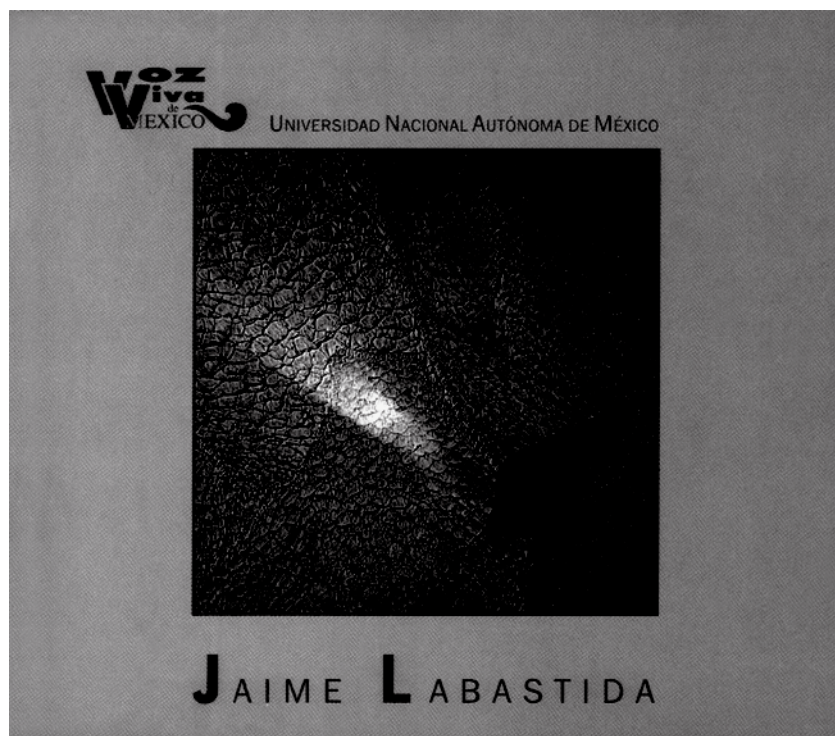
Jaime Labastida ha merecido a últimas fechas numerosos homenajes. Publicamos las palabras que sobre él pronunciaron Beatriz Espejo y Guillermo Hurtado.

No sé cuándo fue la primera vez que lo vi; pero siempre lo recuerdo acompañado por Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo platicando en el aeropuerto, un alto en el pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras. Desde ese punto se contemplaba el esplendor de los volcanes del Valle durante tardes claras. Era un muchacho pequeño de ojos azules e inquisitivos, impecablemente vestido, voz firme, ademanes varoniles y parecía muy seguro de sí mismo. Supongo que en aquella ocasión hablaban de problemas metafísicos y políticos porque esos temas, además claro de la poesía, abarcaban el marco principal de sus intereses.

Había venido de los Mochis, Sinaloa, a los catorce años para cumplirle encargos a su padre (su hermano mayor viajó pronto a los Estados Unidos) y estudiar secundaria y preparatoria en la Universidad Militar Latinoamericana, donde en la Metrópoli mandaban a los niños problema y en ciudades de provincia se consideraba como un establecimiento seguro que los protegiera de la tentación tremenda representada a esa edad por las náyades arteras, según diría Ramón López Velarde. Lo inscribieron interno. Se hospedaba el fin de semana con unos tíos. En la escuela conoció a Jaime Augusto Shelley y a Eraclio Zepeda que les presentó a otro chiapaneco, Óscar Oliva, quien a su vez convocó a Juan Bañuelos. Así se hizo el grupo. Salieron en un suplemento de “México en la Cultura” prologados por Agustí Bartra que poco después los recomendó en el Fondo de Cultura Económica para un libro titulado *La espiga amoti-*

nada. En su momento causaron innumerables comentarios. Tenían un desarrollo en común, talento inusual para su edad y las mismas intenciones líricas. Esa publicación los lanzó al mundo de las letras y curiosamente, porque casi nunca sucede, los cinco se mantuvieron en él; sin embargo se fueron desgranando y tomaron cada uno su camino, aunque al momento de su salida, juntos o en la plaza pública, pensaban que los poetas no debían desentenderse de los cambios sociales. Necesitaban alejarse de cualquier rebuscamiento y ser portadores de ideas sin que ello implicara ponerle obstáculos a la sensibilidad. Estaban en contra del nacionalismo chauvinista que se dio en nuestro país y a favor de volver a las raíces. En una entrevista hecha en los años sesenta, Jaime declaró: “Yo no abogo por el poeta maldito; pero estoy con él, en tanto encierra su actitud una protesta. Quisiera que una tarea nos fuera encomendada a los jóvenes: la transformación de una sociedad convertida en purgatorio”. Clamaba por una crítica constructiva y por las innovaciones poéticas y eso explica gran parte de su obra y muchas de sus actitudes posteriores.

A partir de un segundo volumen cada quien se mantuvo pues en la obstinación requerida para la tarea literaria y siguieron trayectorias individuales conforme a sus propios caminos e inclinaciones. Eraclio, por ejemplo, descubrió que se desempeñaba mejor como prosista, Jaime Labastida halló en el ensayo un segundo género que le ganó el Premio Nacional de Periodismo por sus artículos de fondo en distintos medios y el Premio Na-



cional, la más alta distinción que el país otorga a sus artistas e intelectuales. Los otros tres fueron poetas.

Se había inscrito en la carrera de filosofía. Se recibió en 1968, año de crisis, con una tesis titulada *La manufactura y su reflejo en la filosofía de Descartes* y mucho más tarde, él, que detesta dejar asignaturas pendientes, obtuvo el doctorado con un trabajo notable y ambicioso, tanto por su amplio contenido como por su forma impecable: *El edificio de la razón*. Cuenta que en una de sus primeras clases Luis Villoro, su maestro, acostumbrado a una asistencia reducida de cinco o siete alumnos, se asombró de ver matriculados treinta y tres, entre los que estaban Juliana González, Hugo Padilla, José Luis Balcarcel y el propio Jaime, y que preguntó en voz alta ¿Qué hará México con tantos filósofos? Lo que México hizo fue acuñar una generación excepcional.

Lector desde niño, pronto empezó a escribir versos. Hoy los califica de infames, pero su padre escuchaba cada una de estas composiciones incipientes con mucha atención porque, además de ser médico, hubiera querido ser poeta y jamás dejó de admirar a Leopoldo Lugones, Salvador Díaz Mirón y Manuel Acuña. Por lo cual, además de otras cosas, Jaime heredó las primeras ediciones de estos autores.

Las tardes que rememoro, yo no podía imaginarme que ese muchacho oloroso a jabón podía escribir estrofas trenzando sus inquietudes sociales con sus recuerdos:

Los juegos de mi infancia
se levantaron sobre sangre.
Nos bañábamos en el río

donde fueron ahogados
cincuenta hombres y el árbol,
el álamo frondoso y su columpio,
soportó durante años el duro
peso del ahorcado: dos péndulos
iguales y enemigos brotaron
del mismo tallo fresco e inocente.
Pero ¿quién lo sabía? La dicha
se alimenta de ignorancia.

Era un tiempo en que aún no se enfrentaba con la pérdida, la desesperación o la enfermedad y, aunque en el rancho de su padre era feliz jugando con los hijos de los campesinos, no advertía la miseria reinante. Vuelvo entonces al final de la estrofa, “la dicha se alimenta de ignorancia”. Espléndido remate que podría servir de epígrafe para un texto por esa carga desencantada y premonitoria que encierra. Buen amigo de sus amigos, dedicó varios de sus primeros poemas a compañeros de ruta y en todas utilizó epígrafes que marcan el abanico de una cultura nutrida en los clásicos occidentales, Heráclito, Empédocles, sor Juana, Platón, sin disentir un homenaje a Darwin titulado “El mono de bronce”, cuya complicada factura empieza por la elección de su tema confirmando la idea de Rubén Bonifaz Nuño al afirmar que en literatura puede aprovecharse todo siempre y cuando se aproveche bien. Me asegura que observaba su entorno con una mirada menos ignorante y que sistemáticamente ampliaba sus lecturas.

Sus influencias políticas y personales aceptaban incluso el vocabulario médico y literariamente son a primera vista José Gorostiza y Pablo Neruda que llevó a la poesía una serie de palabras antes inusuales y fue tan revolucionario como en su época lo fueron Gracilaso y Juan de Mena. Da idea que haber transitado cuidadosamente por la obra de ambos le enseñó la manera de afinar sus propias armas; sin embargo, supo siempre que es casi imposible crear un mundo nuevo con los versos y sin embargo siguió trabajando. Cursó también desde temprano a Eliot, a los monstruos sagrados de la literatura española de quienes logró memorizar estrofas enteras y de los grandes autores de la literatura francesa, como Flaubert al que vuelve con insistencia.

En sus primeros poemarios *Obsesiones con un tema obligado* y *De las cuatro estaciones*, luego reunidos en *Plenitud del tiempo*, cultivó una vena erótica, sin que ello le impidiera evolucionar hacia algo más conceptual ni que dejara nunca ese sentido de la ironía que lo acompaña a todas partes ni la palabra justa que lo caracteriza ni la sintaxis académica; pero ya desde el principio, el joven ferozmente enamorado era capaz de escribir:

Yo gozo
la tersa y suave miel de tus axilas

Jaime Labastida clamaba por una crítica constructiva y por las innovaciones poéticas, y eso explica gran parte de su obra.

y el vello, violento y deslumbrante,
que sube, musgo negro, de tu vientre.

de mano que nos falta, la porción del encéfalo
más roída de luz, más hambrienta de sombra.

No resulta raro además que hubiera memorizado las coplas de Jorge Manrique, no sólo por ser el mejor y más vigente de su época, sino porque al reflejar la muerte de su padre refleja la muerte de una época y la muerte de todos los padres y las madres y los hijos sobre la tierra. La muerte conmueve a Jaime por su profundo silencio y a la muerte de tres amigos debe tres composiciones memorables por una originalidad que aprovecha el prosaísmo de la lengua hablada. Me refiero a sus conversaciones con Siqueiros del que describe sus “ojos líquidos, de suave tigre líquido, incendiando el crepúsculo”, su relación con el asesinato de Trotsky decidido por los comunistas mexicanos, su lucha en batallas perdidas durante la guerra española al lado de los republicanos, su galanura de coronelazo apostando por causas justas. Me refiero también a “Conversaciones con Efraín”, su hermano entrañable, poeta esencial merecedor de una extensa elegía. Y, por último, a “Conversaciones con Revueltas” a quien trató cuando los puros del partido comunista fueron expulsados y fundaron La liga Espartaco, la rebelión de los esclavos que no llegó a ninguna parte pero les dio a los componentes solidez y una postura ante la vida, y después Jaime hizo con el mismo Revueltas y otros compañeros y escritores una huelga de hambre por la consignación de Siqueiros encarcelado sin juicio o porque de una vez lo liberaran. Lo sentenciaron.

Se había distanciado de Revueltas debido quizás a una idea política sin verdadera importancia y, cuando volvió a verlo, con la barba crecida, cuarenta y tres kilos de peso y el hígado destrozado debió conmoverse hasta las lágrimas. Asistió al Auditorio Justo Sierra donde lo velaron y entonces escribió uno de sus textos más elocuentes, en que nuevamente conjuga la realidad de una conversación quizá sostenida en las juntas de la Liga, quizás en otras partes. Se enfoca pues el suicidio por desesperación y los planteamientos filosóficos. Y todo esto resulta en un canto de amor a la amistad cuando el poema adquiere ritmos conmovedores “de alfiler emponzoñado en el corazón”:

Debo
decir: te quiero con un dolor extraño
y mutilado, como podría tal vez amarse el pedazo

De alguna manera como en el “Homenaje a Ho Chi-Minh” hecho a base de fotografías, que no eran sólo fotos, Jaime cumplía con sus viejos propósitos y su convicción de que los poetas no pueden darle la espalda a su entorno. Necesitan expresarse sin rebuscamientos, escondiendo la tan traída y llevada difícil facilidad para ser portadores de ideas, para exponer casos concretos como el de Juan González que por miseria estuvo a punto de morir al vender casi toda su sangre en el Hospital de Urgencias, para poder decir escribo porque me da la gana recordar las nubes lejanas cerrando montañas y horizontes, el insomnio en los hondos agujeros de la noche, las piedras leprosas de ciudades construidas con un ansia de eternidad y las gardenias subterráneas que derraman en la página su perfume.

JAIME LABASTIDA

ANIMAL DE SILENCIOS

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA